

https://doi.org/10.18485/analiff.2026.38.ns_hw.11
821.134.2(72).09 Лопес и Фуентес Г.

Ascenso y caída del héroe revolucionario en la novela *¡Mi general!* de Gregorio López y Fuentes

Svetlana V. Stevanović*

Universidad de Kragujevac, Facultad de Filología y Artes, Departamento de Estudios Hispánicos

 <https://orcid.org/0009-0002-3958-3306>

Palabras clave:

Gregorio López y Fuentes,
¡Mi general!,
novela de la Revolución
mexicana,
héroe revolucionario,
ambivalencia,
desmitificación

Resumen

La figura del héroe revolucionario constituye uno de los ejes fundamentales de la narrativa de la Revolución mexicana, ya que permite explorar las relaciones entre poder, legitimidad y memoria histórica. No obstante, aunque numerosos estudios han abordado este corpus narrativo desde perspectivas históricas y sociopolíticas, la construcción y posterior crisis del héroe revolucionario en *¡Mi general!* (1934) de Gregorio López y Fuentes ha recibido una atención relativamente limitada. Por lo tanto, el objetivo principal de este trabajo consiste en analizar los mecanismos narrativos mediante los cuales Gregorio López y Fuentes construye y posteriormente desmantela la figura del héroe revolucionario. La investigación se basa en un análisis cualitativo de la novela *¡Mi general!* desde una perspectiva interdisciplinaria que articula la teoría del héroe y del antihéroe, la psicología arquetípica y los estudios sobre la novela de la Revolución mexicana. El análisis se centra en la estructura tripartita de la obra, la evolución del protagonista y los recursos narrativos y simbólicos empleados para representar su ascenso y posterior caída. Los resultados muestran que el protagonista responde inicialmente al modelo tradicional del héroe revolucionario, caracterizado por el liderazgo, la valentía, la legitimidad moral y el compromiso con las clases populares. Sin embargo, su progresiva integración en las estructuras del poder posrevolucionario conduce al abandono de estos valores y a un proceso de desmitificación que lo transforma en una figura ambivalente, situada entre el héroe y el antihéroe. Asimismo, la novela revela el progresivo vaciamiento simbólico del título «general», que conserva su valor formal mientras pierde la legitimidad moral que originalmente lo sustentaba. (примљено: 15. маја 2026; прихваћено: 16. јула 2026)

1. Introducción

Gregorio López y Fuentes fue un escritor y periodista mexicano, director de los diarios *El Universal Gráfico* y *El Universal*. Entre sus obras más representativas se encuentran las novelas *Campamento* (1931), *Tierra. La revolución agraria en México* (1932), *¡Mi general!* (1934), *El indio* (1935) y *Acomodaticio* (1943) (Navascués, 2011: 182–183). Uno de los ejes temáticos fundamentales de su producción literaria es la Revolución mexicana, movimiento armado que estalló en 1910 en el contexto de la crisis del régimen porfirista, desencadenada por la reelección de Porfirio Díaz y alimentada por un prolongado proceso de desigualdad social, concentración de la tierra y exclusión política. En este contexto, amplios sectores de la población, especialmente campesinos y obreros, se rebelaron contra sus duras condiciones de vida, reclamando transformaciones en la estructura económica y exigiendo canales auténticos para hacer oír su voz (Martínez Hoyos, 2015: 14). Más que un acontecimiento unitario, se trató de una serie de movimientos armados heterogéneos, protagonizados por distintos líderes, facciones e intereses regionales, que buscaban la democratización del poder, la reforma agraria, la justicia social y la redefinición del Estado mexicano. La Revolución mexicana puede entenderse, por un lado, como un movimiento de carácter democrático-liberal orientado a garantizar el respeto de las libertades civiles y, por otro, como un movimiento agrario y antiimperialista, en la medida en que diversos sectores sociales se sublevaron contra un régimen que había cedido amplias extensiones de tierra y recursos naturales al capital norteamericano. La mayor relevancia histórica de este proceso radica en haber activado las fuerzas latentes de un colectivo que durante siglos había permanecido en el anonimato y en haber liberado sus energías en un ámbito, el político, en el que rara vez había desempeñado un papel protagónico. Esta afirmación remite, en particular, a la participación del campesinado, uno de los actores más importantes de los conflictos armados, pese a que en muchos casos carecía de una conciencia clara acerca de los objetivos y el sentido último de su implicación en la lucha revolucionaria.

La Revolución mexicana halló eco en diversas expresiones artísticas: murales, corridos, cine, música y, sobre todo, en la literatura —en particular, en los cuentos y novelas—. Uno de los frutos más notables es el llamado ciclo de novelas de la Revolución mexicana¹. La novela de la Revolución mexicana constituye uno de

1 Conviene señalar que la delimitación del llamado ciclo de la novela de la Revolución mexicana continúa siendo objeto de debate crítico. La controversia afecta tanto a los límites genéricos del corpus —pues bajo esta denominación suelen agruparse no solo novelas, sino también cuentos, memorias, autobiografías y otros textos vinculados con la experiencia revolucionaria— como a su delimitación cronológica y al establecimiento de los autores que lo integran. Así, mientras algunos investigadores, como Adalbert Dessau (1972: 402) y Max Aub (1971: 4), consideran que este ciclo concluye con obra como *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez, Seymour Menton (1967: 1003) propone una concepción más amplia, que incorpora también novelas de la segunda mitad del siglo XX, como *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rufo, y *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes. Aunque esta discusión resulta fundamental para la determinación de la novela de la Revolución mexicana, excede los límites del presente trabajo, cuyo propósito es analizar la construcción y la crisis del héroe revolucionario en *¡Mi general!* de Gregorio López y Fuentes. Para una revisión de estas cuestiones, véanse, entre otros, J. Bruce-Novoa (La novela de la Revolución Mexicana: la topología del final, *Hispania*, Vol. 74, Núm. 1, 36–44, 1991), R. Olea Franco (La Novela de la Revolución Mexicana: una propuesta de relectura, *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*, Vol. 60, Núm. 2, 479–514, 2012) y R. K. González Santos (La Novela Mexicana y la Revolución de 1910, *Olho d'água*, São José do Rio Preto, 13(1), 142–165, 2021).

los ciclos narrativos más estudiados de la literatura hispanoamericana del siglo XX. Desde los trabajos pioneros de Antonio Castro Leal (1960) hasta las relecturas propuestas por la crítica contemporánea, este corpus ha sido interpretado como un espacio privilegiado para examinar las tensiones entre la experiencia histórica de la Revolución y su representación literaria. Si bien los primeros estudios tendieron a considerar estas obras principalmente como testimonios de un acontecimiento histórico, investigaciones más recientes han insistido en la necesidad de analizarlas como construcciones narrativas complejas que problematizan la memoria de la Revolución, la legitimidad del poder revolucionario y la configuración de sus protagonistas heroicos.

Este conjunto narrativo representa, según Arranz Mínguez (2014: 247), la expresión de una literatura propiamente mexicana. Como señala Opavská (2025: 25),

a diferencia de otras tendencias literarias, este ciclo no presenta unas técnicas uniformes, ya que los autores no tenían la oportunidad de agruparse para consultar una estética común. Lo que los unifica es la temática: la protesta social, la denuncia de la violencia y de las desigualdades y la representación de la realidad cruda del movimiento armado de la Revolución mexicana y de sus consecuencias.

Se trata, en general, de novelas de carácter documental, político e histórico, que con frecuencia ofrecen una visión pesimista y desencantada tanto de la realidad revolucionaria como de la posrevolucionaria, al poner de relieve la progresiva pérdida de los ideales iniciales. De este modo, el entusiasmo y la esperanza del inicio del proceso dan paso al escepticismo, la angustia y la decepción (Oviedo 2001: 158–160). Esta visión desencantada constituye uno de los rasgos más característicos de la novela de la Revolución mexicana y puede observarse, con distintos matices, en las obras de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Rubén Romero, Rafael F. Muñoz, Nellie Campobello y Francisco L. Urquiza, entre otros. Como señala Antonio Castro Leal (1981), muchos de estos escritores participaron directamente en los acontecimientos revolucionarios o fueron testigos inmediatos de ellos, circunstancia que explica el marcado carácter testimonial de sus obras. Aunque en numerosos casos compartieron inicialmente las expectativas de transformación social suscitadas por la Revolución, sus novelas reflejan progresivamente el desencanto provocado por la prolongación de la violencia, las luchas entre facciones y el fracaso de buena parte de los ideales revolucionarios. De ahí que la Revolución aparezca representada con frecuencia mediante imágenes de fuerzas naturales incontenibles —huracanes, torbellinos o piedras que ruedan sin detenerse—, mientras que los propios revolucionarios son comparados con hojas arrastradas por el viento, metáfora que alcanza una de sus expresiones más conocidas en *Los de abajo* de Mariano Azuela (Oca Navas, 2010: 43). En este contexto literario se inscribe también *¡Mi general!*, aunque Gregorio López y Fuentes desplaza el interés desde la representación de la

violencia revolucionaria hacia el proceso de construcción y posterior crisis del héroe revolucionario.

Según Pavlović-Samurović (1993: 243–244), entre los rasgos característicos de la novela de la Revolución mexicana destacan la tendencia a la glorificación de los líderes revolucionarios, el carácter autobiográfico de muchos textos y el fuerte compromiso ideológico de sus autores, junto con el empleo de recursos narrativos propios del realismo y el naturalismo. La búsqueda de la objetividad y del efecto de realidad constituye otro rasgo clave, dado que numerosos escritores vivieron de manera directa los acontecimientos narrados. No obstante, esta objetividad no debe entenderse como una reproducción literal de la historia, sino como la construcción de una realidad simbólica, en la que la imaginación desempeña un papel fundamental. Estas obras no son «espejos» fieles de la realidad, sino más bien interpretaciones subjetivas de la experiencia histórica (Sekulić, 2016: 162). En consecuencia, la representación de la Revolución mexicana y de sus protagonistas se encuentra estrechamente vinculada tanto a la experiencia personal de los escritores como a sus convicciones ideológicas, tal como puede observarse en autores vinculados al constitucionalismo, entre ellos Gregorio López y Fuentes y Francisco L. Urquiza. Desde esta perspectiva, la novela revolucionaria no ofrece una visión única del conflicto, sino un conjunto de interpretaciones diversas que responden a la posición desde la cual cada autor vivió o comprendió el proceso revolucionario.

La mayoría de las novelas de Gregorio López y Fuentes fue escrita durante la década de 1930, es decir, en el periodo posrevolucionario y no en el transcurso de la lucha armada propiamente dicha (Rall, 2010: 82). En este periodo, dice Reséndiz García (2005: 140), se estaba consolidando el mito político sobre la Revolución mexicana, sustentado «en la idea de un proceso revolucionario unitario que logró refundar el orden social y político sobre nuevos principios». Sin embargo, junto a esta construcción mítica comienzan a manifestarse «los primeros brotes desencantados de un proyecto al que no se le ve el fin. La violencia no ha cesado todavía y las ansias redentoras esgrimidas por los caudillos han dejado insatisfechas las más perentorias demandas de los eternamente sojuzgados» (Paúl Arranz, 1989: 57). Por este motivo, los autores que escriben en este periodo suelen aproximarse al tema de la Revolución mexicana desde una perspectiva crítica y pesimista, cuestionando no tanto los ideales revolucionarios en sí, sino a sus protagonistas y, en particular, a los líderes y caudillos que olvidaron las promesas hechas a las masas populares al incorporarlas al movimiento armado (Stevanović, 2022: 36). Esta actitud puede apreciarse no solo en la obra de Gregorio López y Fuentes, sino también en la narrativa de autores como Mauricio Magdaleno, Agustín Yáñez o José Revueltas, cuyas novelas, escritas una vez concluida la fase armada de la Revolución, hacen posible una reflexión más distanciada sobre sus causas, su desarrollo y, especialmente, sus consecuencias políticas y sociales (Menton, 1967: 1002; Chang-Rodríguez, 1959: 532). Dentro de esta corriente de revisión crítica del proceso revolucionario ocupa un lugar destacado la narrativa de Gregorio López y Fuentes. A diferencia de aquellos escritores que privilegiaron el testimonio inmediato de la

experiencia bélica como Mariano Azuela en *Los de abajo* o Martín Luis Guzmán en buena parte de *El águila y la serpiente*, López y Fuentes desplaza progresivamente el interés hacia las consecuencias políticas, sociales y morales de la Revolución. En este contexto se inscribe *¡Mi general!* (1934), novela en la que la reflexión sobre el proceso posrevolucionario se articula mediante la construcción y posterior crisis del héroe revolucionario. A través del itinerario vital de su protagonista, Gregorio López y Fuentes muestra cómo el prestigio conquistado durante la lucha armada termina erosionándose a medida que el antiguo caudillo se integra en las estructuras del poder político.

La trayectoria vital del protagonista de *¡Mi general!*, según la opinión de Seymour Menton (1949: 69)², puede dividirse en tres etapas: «la vida del ranchero; la vida del general famoso y opulento en la ciudad; y su vida fugitiva que termina con la resolución de regresar al rancho». Esta división corresponde a la estructura tripartita de la novela y permite observar con claridad el proceso de construcción y posterior descomposición del héroe revolucionario.

2. La construcción del general como héroe revolucionario

Matamoro (1984: 117) indica que la palabra *héroe*, procedente del latín *heros* y derivada a su vez del vocablo griego ἦρως *hērōs*, posee una «doble vertiente: por una parte significa paradigma, modelo; por otra, indica una dúplice naturaleza, la divina y la humana». Desde una perspectiva sociocultural, Pavićević/Simeunović-Patić (2011: 12) afirman que el término *héroe* se asocia con un individuo situado por encima del promedio, portador de características morales positivas y distinguido por la realización de empresas audaces o nobles. El héroe es concebido como un sujeto valiente, noble, honesto, responsable y moralmente íntegro, un modelo digno de admiración, dispuesto al sacrificio y a la abnegación. Asimismo, el héroe participa activamente en la creación, configuración y promoción de valores sociales y culturales. Dado que estos procesos suelen implicar la refutación y el rechazo de valores y normas anteriores, el héroe es percibido también como agente de cambios sociales y culturales (Pavićević/Simeunović-Patić, 2011: 14). En esta línea, Matamoro (1984: 122) sostiene que «la sociedad se asienta sobre el culto al héroe, tanto que la *Jerarquía* quiere decir *Heroearquía*», lo cual responde tanto a razones simbólicas como filológicas, pues el héroe es «quien sabe y puede», es decir, el potente. En el caso específico del héroe revolucionario, añade el autor, este intenta «ocupar el lugar del *Urvater* y cambiar los fundamentos del sistema legal, para crear un nuevo orden paterno».

La historia de cada país suele contar con una constelación de héroes nacionales que se erigen como tales, con frecuencia, en momentos de crisis histórica

2 La tesis doctoral inédita *Las novelas de Gregorio López y Fuentes* (1949), de Seymour Menton, constituye uno de los estudios monográficos más amplios y una de las primeras investigaciones dedicadas íntegramente a la narrativa de Gregorio López y Fuentes. Aunque nunca fue publicada como libro, continúa siendo una referencia fundamental para el estudio de este autor. Precisamente por ello, y dada la escasez de investigaciones monográficas dedicadas a su obra, recurrimos a este estudio para aquellos aspectos de nuestro análisis en los que sigue ofreciendo aportaciones de indudable valor crítico.

que demandan la intervención de individuos dispuestos a asumir una acción excepcional. En este sentido, Bauzá (2007: 5) señala que los héroes se caracterizan por ser transgresores, por ir más allá de los límites impuestos por la sociedad, por intentar ordenar un mundo inarmónico y por lanzarse, para ello, a una aventura que en el fondo constituye un viaje hacia lo ignoto. El héroe aparece así como una figura liminar, situada en la frontera entre el orden existente y la posibilidad de uno nuevo. La Revolución mexicana fue un acontecimiento históricamente propicio para la emergencia de este tipo de figuras, dispuestas a rebelarse contra el sistema anterior y a instaurar un nuevo orden basado en los principios de libertad y justicia, concebidos como ideales humanos supremos. Aunque con frecuencia entraron en conflicto entre sí, personajes como Francisco Madero, Emiliano Zapata y Pancho Villa encarnaron distintos modelos del héroe revolucionario. No obstante, conviene subrayar que no se trató de figuras aisladas, sino que existió una multiplicidad de líderes con rasgos y trayectorias semejantes. Precisamente a esta proliferación de caudillos alude Gregorio López y Fuentes en la novela *¡Mi general!*, donde construye la figura de un general revolucionario de carácter arquetípico, representativo de un tipo humano más que de un individuo histórico concreto.

Según Chang-Rodríguez (1959: 529)³, los protagonistas de la novela de la Revolución mexicana suelen responder a una serie de arquetipos recurrentes, entre los que se encuentran «el caudillo ignorante convertido en general, el revolucionario fanático, el intelectual demagogo, el campesino sacrificado, el oportunista de pose revolucionaria, el político venal». De manera paralela, los autores de este ciclo narrativo procuraron presentar a los héroes con el menor número posible de palabras y de la manera más sencilla y directa. Por ello, recurrieron con frecuencia a apodos ya existentes y sugestivos, por los que los líderes eran fácilmente reconocibles, o bien a títulos que condensaban su función y su autoridad simbólica (Oca Navas, 2010: 41). En ese sentido, el propio título de la novela de López y Fuentes, *¡Mi general!*, resulta particularmente significativo.

De acuerdo con el *Diccionario panhispánico del español jurídico* (2025), el término «general» designa a «una de las categorías en que se agrupan los militares», correspondiente «al militar de carrera que ejerce la acción de mando en la estructura orgánica y operativa de las Fuerzas Armadas», así como en «la alta dirección y gestión de sus recursos humanos, materiales y financieros». El rango de general implica, por lo tanto, una elevada responsabilidad, dado que de sus decisiones depende no solo el destino de quienes lo acompañan en el ámbito militar, sino también el de la comunidad a la que debe proteger o someter. Asimismo, López y Fuentes emplea la fórmula de tratamiento respetuoso «¡Mi general!», que remite a una relación jerárquica basada en el reconocimiento y la admiración, y que sugiere que el protagonista debería encarnar el ideal del militar íntegro y justo, rasgos tradicionalmente asociados a la figura del héroe. El posesivo «mi» no solo identifica

3 Aunque publicada en 1959, la clasificación propuesta por Chang-Rodríguez continúa siendo una referencia clásica para el estudio de la novela de la Revolución mexicana y ha sido reconocida por la crítica posterior como una de las primeras sistematizaciones del corpus y de sus principales tipos narrativos.

el rango militar del protagonista, sino que reproduce la relación de respeto, cercanía y legitimidad que tradicionalmente unía a los soldados y a las comunidades rurales con sus jefes revolucionarios. En ese sentido, Gaspar (2019) advierte que «al caracterizar al héroe como un ser lleno de virtudes no solo lo convertimos en un hombre modelo, sino también en la aspiración de sus compatriotas, quienes admiran sus cualidades y buscan seguir su ejemplo». No obstante, como concluye Rall (2010: 83), al omitir en la novela los «nombres propios de personas, regiones, lugares [...] con la excepción de la capital la ciudad de México», López y Fuentes logra un marcado efecto de generalización en la representación de los acontecimientos. En consecuencia, las características atribuidas al general protagonista de *¡Mi general!* pueden extenderse a los generales revolucionarios en su conjunto, lo que refuerza el carácter arquetípico de la figura heroica construida en la novela.

Gaspar (2019) subraya que, cuando el héroe, concebido como un hombre justo e íntegro, «participa en una lucha armada es solo para asegurar la justicia y la libertad que han sido violentadas por algún suceso o un opresor». En este sentido, la incorporación del general novelesco de López y Fuentes a las filas revolucionarias le abre la posibilidad de transformar no solo su propia vida, sino también la de sus compatriotas. Cabe añadir que el protagonista es un hombre solo: su esposa ha fallecido y no tiene hijos, de modo que la Revolución le ofrece también la oportunidad de integrarse en una nueva comunidad, una suerte de familia revolucionaria, y de dotar su existencia de un propósito definido. Antes del estallido revolucionario, el futuro general llevaba una vida errante en distintos ranchos, donde trabajaba como vaquero. Paúl Arranz (1989: 63) pone de manifiesto que la Revolución mexicana representaba «la posibilidad abierta de que un hombre cualquiera iniciara una nueva vida; se transmutara en un nuevo ser sin otro requisito que la propia voluntad». Esta idea se refleja claramente en las palabras del propio protagonista, quien afirma: «Comprendí que desde ese momento dejaba de ser yo el comprador de reses [...] Sentí que surgía en mí el hombre nuevo, metido y hecho ya el engranaje de una nueva máquina, de una nueva actividad. [...] Ya no tengo patrones [...] comienza una vida nueva...» (López y Fuentes, 1986: 137). De ello se desprende que el general aspira a liberarse de una existencia rutinaria y subordinada, y a convertirse en un hombre autónomo, investido de responsabilidad y orientado hacia una meta concreta. Pronto logra reunir una tropa compuesta principalmente por amigos y conocidos, quienes deciden seguirlo tanto por los vínculos afectivos que los unen como por el respeto que les inspira su figura.

Ante la comunidad, el antiguo comprador de reses se presenta como un líder dispuesto a servir, al declarar que está allí «para oír y hacer justicia» (López y Fuentes, 1986: 139). De este modo, el protagonista se pone al servicio del conjunto social, actitud que corresponde plenamente a la figura del héroe, quien, según Gaspar (2019), interviene en la vida nacional movido por un «innato interés por el bienestar común» y se rebela contra un mundo marcado por «injusticias, desigualdades y peligros [...] a favor del bien común». Este proceso de transformación puede leerse también a la luz del esquema teórico propuesto por Joseph Campbell

en *El héroe de las mil caras*. Según Campbell (1972: 140), el paso del hombre común al héroe se inicia cuando el individuo responde a una «llamada a la aventura», es decir, cuando se abre a lo desconocido y se deja atraer hacia el umbral de una experiencia transformadora. Una vez superado ese umbral, el sujeto se adentra en un ámbito ajeno a la lógica ordinaria, poblado por peligros, pruebas y desafíos que ponen en riesgo su integridad, pero también por presencias protectoras que lo asisten y orientan en su proceso de transformación. Solo mediante la superación de estos obstáculos puede consolidarse plenamente como héroe. En *¡Mi general!*, la Revolución mexicana funciona precisamente como ese espacio de prueba, en el que el protagonista demuestra su fuerza, su destreza y su capacidad de liderazgo al enfrentarse tanto a los peligros naturales como a aquellos derivados de la acción humana.

El general anónimo participa en una serie de combates en los que se presenta sistemáticamente como defensor de los pobres y desposeídos. Incluso aquellos actos que podrían considerarse moralmente reprobables, como la expropiación de las fincas de los ricos, aparecen justificados en el discurso del protagonista como una necesidad histórica y social, pues, según afirma, «lo de los pobres es sagrado... Lo de los ricos —esos tienen que ayudar al movimiento porque en cuanto los pobres puedan ayudar como los ricos, habrán dejado de ser pobres y entonces también ellos tendrán que ayudar» (López y Fuentes, 1986: 141). Desde esta perspectiva, la violencia revolucionaria se legitima como un medio orientado a restablecer la justicia social. El general se concibe a sí mismo como amigo de los pobres, y en este sentido sostiene que «un amigo general es una garantía y un honor» (López y Fuentes, 1986: 143). Al mismo tiempo, el protagonista se presenta como un líder minucioso, reflexivo y estratégico, así como un militar justo y preocupado por mantener la disciplina dentro de su tropa. Esta actitud se manifiesta en su decisión de expulsar a los soldados ignominiosos, es decir, a aquellos que cuelgan a los individuos pacíficos para sacarles dinero y queman rancherías para sacar venganzas (López y Fuentes, 1986: 146). Mientras que el pueblo recibe con aprobación estas medidas, la tropa las cuestiona y, en ocasiones, responde con burlas dirigidas al general. Como hombre razonable, el protagonista reflexiona sobre el comportamiento de sus soldados, reconociendo tanto sus virtudes como defectos. A pesar de que son valientes y diestros, el general comprende que la «familiaridad relajaba la disciplina y el respeto». Esta familiaridad influye también en su propia conducta. Cuando castiga a uno de los soldados que se había burlado de él, quitándole la silla del caballo destronándolo simbólicamente, el general experimenta un profundo sentimiento de remordimiento, al recordar que «aquel hombre había sido mi hermano, juntos habíamos sufrido» (López y Fuentes, 1986: 147). Este episodio pone de manifiesto, por un lado, la conciencia del general de que a los revolucionarios los une e iguala un destino trágico compartido y, por otro, su carácter paternal, propio de un líder que vela por el bienestar de los suyos. Asimismo, el protagonista demuestra una notable humanidad al mostrar respeto incluso hacia sus enemigos, cuya valentía reconoce y admira (López y Fuentes, 1986: 153), lo que contribuye a reforzar su perfil de héroe justo, solidario y humano.

Gregorio López y Fuentes (1986: 154) presenta al general anónimo como una figura muy amada por sus compatriotas, no solo por su valentía militar, sino también por el respeto que demuestra hacia las vidas y las haciendas de la población civil. Esta admiración popular se manifiesta en la composición de cantos de alabanza y en la organización de fiestas en su honor. Durante una de estas celebraciones, la mujer más bella del lugar coloca sobre su cabeza una corona de flores, rosas que el propio general interpreta simbólicamente como laureles (López y Fuentes, 1986: 155). La escena puede leerse como una coronación simbólica, una confirmación del reconocimiento colectivo del protagonista como un ser excepcional. Desde una perspectiva arquetípica, esta veneración popular remite al culto al héroe. Podemos observar que los campesinos celebran al general como a un verdadero héroe, cuya adoración se expresa mediante danzas, música, himnos, oraciones, al percibir en él a un hombre poderoso capaz de librarlos de la destrucción y la muerte. Resulta pertinente, en este contexto, la reflexión de Matamoros (1984: 127), quien sostiene que el héroe no solo sabe administrar, engendrar y dirigir, sino que desempeña ante todo un rol paterno como proveedor, donde proveer no implica únicamente alimentar, sino «también otorgar energía y dispensar la gracia». En la primera parte de la novela, el general de López y Fuentes cumple precisamente esta función simbólica al infundir a su gente energía, esperanza y voluntad de lucha. De ahí que el protagonista llegue a afirmar que se le antojaba que «toda la República marchaba cantando una canción de combate» (López y Fuentes, 1986: 155). No obstante, este entusiasmo colectivo y la integridad heroica del general comienzan pronto a debilitarse. Como advierte Navascués (2011: 189), «aunque se trata de un personaje bien intencionado, el protagonista peca de ingenuo y sus muchas peripecias reflejan sus dificultades para sobrevivir en el difícil campo de la política postrevolucionaria con sus intrigas y traiciones».

3. La caída del héroe revolucionario en la novela *¡Mi general!*

Como señala Carlos Fuentes (1969: 15), uno de los rasgos distintivos de la novela de la Revolución mexicana consiste en abandonar las representaciones unívocas del héroe para ofrecer personajes profundamente ambiguos, capaces de encarnar simultáneamente la nobleza y la mezquindad, el idealismo y la corrupción. Desde esta perspectiva, el héroe revolucionario deja de ser una figura épica incuestionable para convertirse en un personaje sometido a las contradicciones de la historia y de la condición humana. En consecuencia, muchas de estas novelas desarrollan un proceso de desmitificación del caudillo revolucionario, al mostrar cómo los ideales de justicia e igualdad proclamados durante la lucha armada terminan cediendo ante el ejercicio del poder, el oportunismo y los intereses personales. Por lo tanto, estas obras no se limitan exclusivamente a la glorificación heroica de los movimientos militares ni de los líderes revolucionarios.

Menton (1949: 24) señala que en las obras de Gregorio López y Fuentes existen dos tipos de los generales: «los verdaderamente honrados y los jefes que se aprovechan de la guerra para enriquecerse». Según él, los primeros pueden subdividirse, a su vez,

en aquellos que logran o no «inspirar la honradez en sus hombres». En la primera parte de la novela *¡Mi general!*, el general anónimo se presenta como un jefe capaz de inspirar honradez, ya que actúa de manera ética tanto con sus amigos como con sus enemigos y se pone al servicio del colectivo. Menton añade que el protagonista «sale del rancho en busca de la fama» y que «todos sus esfuerzos se dirigen hacia el fin de adquirir fama». Esta idea puede vincularse con la observación de Bauzá (2007: 6), quien advierte que una de las tareas fundamentales del héroe consiste en la búsqueda de la inmortalidad que le confiere la fama, aunque esta, al igual que el héroe mismo, sea perecedera. En la primera parte de la novela, este deseo de fama llega a cumplirse gracias a la ayuda que el general ofrece a los desprotegidos y a aquellos amenazados por el régimen despótico. De este modo, el general alcanza la fama como resultado de sus hazañas y virtudes. Sin embargo, a partir de la segunda parte de la novela, el personaje se desvincula del colectivo y comienza a preocuparse principalmente por su propio bienestar, alejándose así del modelo heroico.

En relación con la figura del héroe, Campbell (1972: 210) sostiene que este alcanza su pleno potencial únicamente cuando defiende intereses colectivos, dado que

la totalidad, la plenitud del hombre, no esté en un miembro aparte, sino en el cuerpo de la sociedad como un todo; el individuo puede sólo ser un órgano. De su grupo ha tomado las técnicas de vida, el lenguaje en que piensa, las ideas por las cuales lucha [...] Si pretende aislarse, ya sea en hechos, pensamientos o sentimientos, sólo logra romper las relaciones con las fuentes de su existencia.

El deterioro del general anónimo en la novela de López y Fuentes comienza precisamente cuando empieza a alejarse tanto de su comunidad como de la revolución misma y se transforma en un sujeto dominado por el egoísmo. En este sentido, indicamos que, como intelectuales, los escritores esperaban que la Revolución mexicana generara un orden social más justo y diera lugar a una sociedad en la que se cultivaran las libertades humanas y se defendiera el respeto de los derechos civiles fundamentales (Chang Rodríguez, 1959: 533). Sin embargo, pronto comprendieron que el egoísmo constituía el único rasgo a partir del cual la revolución podía juzgarse como un conjunto armónico único o, en términos de Chang Rodríguez (1959: 533), como un contrapunto.

Bruce-Novoa (1991: 40) señala que uno de los temas recurrentes de las novelas de la Revolución mexicana es, justamente, la alienación de los revolucionarios respecto de la revolución. Este distanciamiento, en la novela de López y Fuentes, coincide con un cambio de entorno, es decir, con el paso del campo a la ciudad. Gregorio López y Fuentes nació en una finca cercana a Zontecomatlán y pasó allí sus primeros años. Fernández Agüera (1960: 1) considera que este entorno rural favoreció el desarrollo de un «profundo amor a la vida del campo», perceptible en su obra. Mientras que el campo se configura como el lugar propio del hombre bueno y sencillo, la ciudad aparece como un ámbito infernal que lo corrompe mediante sus vicios y males (Menton, 1949: 13).

Al llegar a la Ciudad de México, el general esperaba recibir la misma acogida entusiasta que había experimentado en otros lugares por los que había pasado su tropa. Sin embargo, los ciudadanos, ya habituados a la presencia de los revolucionarios y carentes de interés por ellos, lo recibieron con frialdad (López y Fuentes, 1986: 157). El general pronto advierte que en la ciudad nadie percibe su aura de singularidad heroica y concluye que «la ciudad no era como los pueblecillos, que la ciudad tiene otros afectos que no son precisamente los nuestros» (López y Fuentes, 1986: 158). En este nuevo espacio, donde no se establece el sentimiento de comunión con la sociedad —condición fundamental para el héroe, que funciona como modelo y requiere de un colectivo que se identifique con él—, el general comienza a perder tanto su prestigio heroico como la fama anhelada. En este periodo, el anonimato se convierte en una de sus mayores preocupaciones: «había soñado con que mis hechos de armas fueron conocidos y ni una sola vez las gentes dijeron al verme pasar —Ahí va el general» (López y Fuentes, 1986: 163). Pronto se percata de que en la ciudad abundan los generales y de que sus hazañas, así como el hecho de haber salido victorioso en veinte acciones, carecen de valor: «me fui convenciendo de que, para el renombre, necesitaba ser uno de los grandes generales ganadores de grandes combates y que a falta de esos hechos, los desheredados de la fama necesitábamos provocar zafarranchos en la ciudad» (López y Fuentes, 1986: 164). Siguiendo el mal ejemplo de otros, el general protagoniza un escándalo en una cantina: se niega a pagar la cuenta, rompe vasos, botellas y sillas, y entabla una balacera sin consecuencias cuando llega la policía. Tras estos acontecimientos, concluye que por fin «resultaba el héroe [...] Había derrotado la anonimidad. Sonaba mi nombre. A fin se me conocía» (López y Fuentes, 1986: 172). Según Fernández Agüera (1960: 84), el general llega a comprender que el éxito militar no obedece a la agudeza militar, sino «a las exageradas noticias favorables de la prensa y el apoyo del Gobierno». A partir de este momento se inicia su deterioro y degradación moral. López y Fuentes construye así una imagen antiheroica del general revolucionario, dispuesto a manchar su prestigio revolucionario, paradójicamente, para alcanzar la fama fuera del campamento. En lugar de restablecer el orden, tarea tradicionalmente asociada al héroe, el general provoca el caos, tanto en su propia vida como en la de los demás. De este modo, sus acciones, en vez de generar soluciones, producen solamente nuevos problemas y perjudican a la sociedad.

Durante su estadía en la Ciudad de México, el protagonista de la novela de López y Fuentes se configura como un general carnavalesco. Desde la perspectiva de Mijaíl Bajtín, la carnavalización designa un mecanismo cultural por el cual se suspenden las jerarquías establecidas y lo serio se transforma en grotesco, permitiendo una visión crítica y desmitificadora del poder (según Ristivojević, 2009: 200). En este sentido, remitimos a las palabras de Mikić (1988: 117), quien considera que el escándalo es la vía más rápida para la transformación de lo serio en lo grotesco, y viceversa. En lugar de describirlo en el fragor de la batalla, López y Fuentes muestra cómo su general se olvida progresivamente de la lucha revolucionaria y de la gente que antes lo veneraba y respetaba, y comienza a frecuentar burdeles y casas de juego

(López y Fuentes 1986: 173–175). Pronto se adentra también en el ámbito de la política y se deja manipular por aquellos que buscan mantenerlo alejado del frente y bajo un control absoluto. A pesar de sus negativas iniciales y de su manifiesta preferencia por su vida anterior —sus soldados, el campamento, la tierra y el espacio rural—, el general finalmente cede y acepta un cargo en la Cámara (López y Fuentes, 1986: 193). Este hecho confirma que los líderes revolucionarios en las novelas de la Revolución mexicana suelen presentarse como figuras ambivalentes, cuyo comportamiento varía según el entorno que los rodea, la situación en la que se encuentran y el tipo de sociedad en la que se insertan, de modo que pueden pasar con facilidad del heroísmo a la degradación. Por un lado, aspiran a encarnar al héroe íntegro y justiciero; por otro, no logran resistir las tentaciones del poder, la comodidad urbana y la fama vacía, lo que conduce inevitablemente a su corrupción moral y a la pérdida de los valores revolucionarios que inicialmente los definían.

Según Matamoro (1984: 118), «el héroe es una figura política, en tanto representa el ejemplo de cómo se ocupa el lugar del poderoso y cómo se administra, desde él, la ley». Sin embargo, en el caso del general, el acceso al poder político no sirve para administrar la ley ni para velar por el bien común, sino para el beneficio personal. El ejercicio de la política confirma así su transición del héroe al antihéroe revolucionario, si se tiene en cuenta que, mientras los héroes asumen conscientemente los problemas colectivos y se hacen responsables de ellos, los antihéroes se dejan guiar por su dimensión hedonista, materialista y opulenta, caracterizada por el deseo de poseer sin límites ni control (Pavićević/Simeunović-Patić, 2011: 62). Con el ascenso político aumenta también su posición económica, y el general se ve envuelto en un vértigo de subir: «Subir. Subir. [...] Y, por sobre todas las cosas, dinero. [...] Mi vanidad. El vértigo de la política no me permitió ver con claridad los acontecimientos que venían desarrollándose, de las ambiciones desenfrenadas de los demás» (López y Fuentes, 1986: 199–200).

López y Fuentes (1986: 207) establece un claro contraste entre el héroe revolucionario y el antihéroe político: mientras que la vida del héroe revolucionario, como se afirma en la obra, estuvo marcada por la lucha y la actividad constante, el ocio que acompaña su activismo político termina por invalidarlo. Paulatinamente, el general comienza a perder tanto su fuerza física como su integridad moral. Empieza a engordar y a dedicar su tiempo a una serie de pasatiempos que lo llevan a abandonar sus obligaciones parlamentarias, donde, en un principio, defendía a los revolucionarios y a los campesinos. En un primer momento, elige la equitación, puesto que anteriormente había sido jinete; sin embargo, se decepciona al observar el comportamiento de los charros capitalinos (López y Fuentes, 1986: 196). El autor vuelve a establecer el contraste entre el campo y la ciudad al describir a estos charros como figuras ridículas, con sombreros excesivamente adornados y chamarras costosas, que «a cada saludo hacen salir el caballo para jalarlo y hacerlo meter las patas a dos metros brutalmente», y concluye que no se trata de charros auténticos, sino de «calcomanías con que la industria hace mercado, como es calcomanía la china poblana [...] Al charro, distintivo de nacionalismo, hay que

buscarlo en la provincia, en el rancho, en el campo. Ése es el charro típico, el que con su caballo hace un jornal. No el que sale a lucirse, sino el que ensilla muy temprano y por necesidad» (López y Fuentes, 1986: 196). Según Paúl Arranz (1989: 68), «a través de la psicología de este personaje, el autor va descubriendo poco a poco la influencia dañina, transfiguradora de la urbe». Esto demuestra que, como señala Menton (1949: 73), el general no puede olvidar su origen de «buen hombre» del campo, pues juzga con repugnancia la hipocresía y la falsedad de la ciudad, lo que confirma, una vez más, su carácter ambivalente. No obstante, aunque el general, ya convertido en político, es consciente de esta influencia dañina, no hace nada para cambiar la situación ni para encaminarse —al menos a sí mismo— por el sendero del charro verdadero, digno y noble, ofreciendo así un ejemplo moral, tal como correspondería a un héroe. Por el contrario, opta simplemente por abandonar este pasatiempo y sustituirlo por otro: el automovilismo (López y Fuentes, 1986: 197). De este modo, el protagonista rechaza un componente esencial de la identidad revolucionaria y de la identidad mexicana en sentido amplio, junto con los valores asociados a ella (laboriosidad, dignidad, sobriedad), y lo reemplaza por un símbolo de modernidad superficial y de moda pasajera. El general se revela así como un oportunista, interesado únicamente en la satisfacción de sus necesidades inmediatas y más mundanas, lo que le impide cumplir la función mesiánica propia del héroe. Consciente de su propia degradación, intenta justificarse afirmando que la vida cómoda, bajo el amparo de un idilio doméstico, constituye una «compensación a los años de lucha, privaciones y peligros» (López y Fuentes, 1986: 197). El que antes fue agente de justicia se convierte ahora en un hombre que se aprovecha de ella, como si se tratara de un instrumento destinado a la acumulación de bienes materiales.

En la vorágine de los acontecimientos políticos y de los constantes cambios de poder⁴, el general pierde su puesto como diputado y todos sus bienes materiales, incluida la casa que la mujer con la que se había casado vende sin su consentimiento (López y Fuentes, 1986: 220–227). Para evitar un castigo mayor, decide esconderse durante una semana en un pueblo cercano y, posteriormente, regresar a la ciudad. Atemorizado por la persecución, opta por mantenerse alejado del mundo de la política y comienza a buscar trabajo. Aunque considera esta situación indigna de su antiguo rango, se emplea como vendedor de muebles, vicrolas y discos; sin embargo, pronto termina encarcelado por lanzar discursos contra el gobierno en una taberna (López y Fuentes, 1986: 230–232). Tras salir de la cárcel, acepta trabajar como guardaespaldas de un candidato a gobernador. El general considera que todos estos empleos lo despojan simbólicamente del título que antes ostentaba y explica su situación en los siguientes términos:

Mi resolución de trabajar era la renuncia a mi carrera. [...] Cuando alguna vez se me llamó públicamente ex general, yo sentí enojo. ¿Acaso mis hechos de

4 En la novela se omite toda referencia a fechas concretas, años o nombres propios, de modo que resulta difícil identificar con precisión la facción revolucionaria y el grupo gobernante a los que adhiere el general anónimo.

armas, tan celebradas entonces, pueden borrarse con un ex? ¡Aunque se me diga ex general, yo sigo y seguiré siendo el *general*! Confieso, sin embargo, que en ocasiones el generalato ha sido un lastre para mí. Es algo así como el don cuando lo lleva un pobre. (López y Fuentes, 1986: 234)

Este pasaje da testimonio de la situación en la que se encontraron numerosos revolucionarios en el periodo posrevolucionario. Aunque el protagonista sigue identificándose subjetivamente como general, es consciente de que los títulos y los méritos adquiridos durante la lucha armada han perdido todo valor en el nuevo orden político. En este sentido, resulta especialmente significativo que el protagonista continúe siendo designado como «general». Más que un simple rango militar, esta denominación condensa el prestigio, la autoridad y la legitimidad moral que el imaginario revolucionario asociaba a los caudillos surgidos de la lucha armada. Sin embargo, el desarrollo de la novela vacía progresivamente ese título de su contenido simbólico: el protagonista conserva la denominación, pero ya no encarna los valores que inicialmente la justificaban. La permanencia del signifiante frente a la pérdida de su significado convierte la figura del general en una representación de la crisis de la autoridad revolucionaria y del progresivo desgaste del liderazgo político surgido de la Revolución. Esta desvalorización se debe, por un lado, al sistema posrevolucionario, incapaz de mejorar las condiciones de vida miserables que habían impulsado la rebelión armada, y, por otro, a la conducta de muchos exrevolucionarios, incluido el propio protagonista, que renunciaron a persistir en la defensa de los derechos colectivos y optaron por adaptarse a una vida cómoda, olvidándose de la miseria en la que continuaba viviendo la mayoría de sus compatriotas. A esta categoría de antiguos generales y combatientes Gregorio López y Fuentes (1986: 232) los denomina «acomodaticios».

De agente heroico del cambio, el general se transforma en un mero instrumento del sistema, cuya existencia se reduce a un incesante ir y venir entre trabajos ocasionales y carentes de sentido. Movido por el orgullo, rechaza emplearse en un establo (López y Fuentes, 1986: 243), gesto que evidencia el olvido casi total de su origen y de la identidad que había sustentado su heroicidad inicial. En su lugar, acepta convertirse en «aviador en la Cámara», es decir, en una persona que cobra un sueldo sin hacer nada (López y Fuentes, 1986: 246). No obstante, incluso este empleo le es retirado sin explicación, lo que confirma la absoluta precariedad de su posición en el orden posrevolucionario. La caída definitiva del héroe se consuma cuando, empujado por la necesidad, decide vender su pistola, que no representa únicamente un arma, sino el emblema de la lucha revolucionaria, de la acción, de la voluntad de enfrentamiento y de la defensa de ideales colectivos. Al desprenderse de ella, el exgeneral renuncia no solo a su pasado como combatiente, sino también a cualquier posibilidad de acción futura. La venta del arma revela su completo desinterés por la lucha, su pasividad y su resignación, rasgos que se oponen frontalmente a la figura del héroe, tradicionalmente asociada con la iniciativa, la resistencia y la capacidad de transformación.

Campbell (1972: 25–29) sostiene que las aventuras del héroe culminan con su retorno a la comunidad de la que partió. Según el teórico, «el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos», es decir, «con los medios para lograr la regeneración de su sociedad como un todo»; en caso contrario, muere heroicamente, sacrificándose por el bienestar de su pueblo. En ambos escenarios, el héroe funciona como una figura salvadora, capaz de rescatar a su comunidad y conducirla hacia un estado de armonía y prosperidad. La novela *¡Mi general!* subvierte este modelo. La obra concluye con el regreso del ex general a su campo natal tras recibir una carta del primer soldado que se unió a su tropa. Si se tiene en cuenta que, antes de recibir dicha carta, el protagonista ha quedado completamente desposeído, resulta evidente que el soldado, y el mensaje que le envía, asumen la función salvadora, mientras que el antiguo héroe se convierte en aquel que necesita ser salvado. El general ya no es el portador de dones, sino el receptor de una posibilidad de redención. No obstante, como señala Navascués (2011: 190), este retorno a los orígenes rurales no está marcado por el pesimismo, sino por un tono de moderado optimismo, ya que «López y Fuentes da por sentado que su personaje hará fortuna y felicidad en el campo». La satisfacción que el protagonista experimenta ante la perspectiva del regreso puede explicarse también a la luz del contexto ideológico del autor, quien apoyaba el régimen de Lázaro Cárdenas, vigente en el periodo en el que escribe esta obra. En este sentido, la novela sugiere que el campo, revalorizado durante el cardenismo, se presenta como un espacio capaz de garantizar el bienestar en un futuro aún indeterminado. En este sentido, el retorno a la condición de «hombre común» no supone únicamente la pérdida del prestigio asociado al rango de general, sino también una redefinición del sujeto político de la Revolución. Al abandonar la posición excepcional del caudillo, el protagonista vuelve a integrarse en la colectividad de la que había surgido, desplazando el centro de gravedad del relato desde el héroe individual hacia la comunidad. Esta perspectiva resulta coherente con una de las interpretaciones predominantes en la década de 1930, según la cual la Revolución mexicana fue concebida como una obra protagonizada esencialmente por las masas populares más que por grandes figuras individuales (según Navascués, 2011: 180). Aunque la historiografía posterior ha matizado esta lectura y ha puesto de relieve la complejidad del proceso revolucionario y el papel desempeñado por los distintos liderazgos, el desenlace de *¡Mi general!* parece recuperar ese imaginario colectivo al sugerir que el futuro del país ya no depende de un caudillo providencial, sino de los ciudadanos comunes.

4. Conclusiones

La figura del general ocupa un lugar central en el imaginario de la Revolución mexicana y en su posterior elaboración literaria, donde suele encarnar al héroe popular surgido del pueblo, investido de una autoridad carismática legitimada por su liderazgo militar y su cercanía con las masas campesinas. No obstante, como han señalado diversos estudios de la novela de la Revolución mexicana, la exaltación del caudillo convive con una mirada crítica que pone en cuestión la autenticidad

de su heroísmo, especialmente cuando el líder se integra en las estructuras de poder posrevolucionarias y se distancia de los ideales originales del movimiento. Así, el general deja de ser un héroe épico unívoco para convertirse en un personaje problemático que revela las contradicciones internas de la revolución.

El análisis ha puesto de manifiesto que Gregorio López y Fuentes en *¡Mi general!* construye inicialmente a su protagonista conforme a numerosos rasgos tradicionalmente asociados al héroe revolucionario —liderazgo, prestigio, compromiso colectivo y legitimidad moral— para someter posteriormente esa imagen a un proceso progresivo de desmitificación. A través de un relato en primera persona, el protagonista reconstruye su ascenso desde una condición humilde hasta alcanzar el rango de general, lo que permite observar cómo el prestigio heroico se configura gradualmente mediante las victorias militares, el reconocimiento social y el ejercicio de la autoridad. Sin embargo, la consolidación de esa posición lleva aparejada una transformación ética que se manifiesta en el abandono de los ideales revolucionarios, el alejamiento de las masas populares y la progresiva subordinación del interés colectivo a las ambiciones personales. De este modo, la novela presenta al protagonista como una figura profundamente ambivalente, situada en la frontera entre el héroe y el antihéroe. Asimismo, el estudio ha permitido comprobar que la crisis del protagonista trasciende el ámbito individual para adquirir un significado simbólico más amplio. La permanencia de la denominación «general», pese a la pérdida de los valores morales y políticos que originalmente legitimaban ese título, pone de relieve un proceso de vaciamiento semántico mediante el cual el rango militar conserva su existencia formal, pero pierde el contenido ético que le otorgaba sentido dentro del imaginario revolucionario. En consecuencia, la novela cuestiona no la existencia de la autoridad, sino la legitimidad de quienes la ejercen cuando dejan de representar los principios que hicieron posible su ascenso. Por lo tanto, en la novela *¡Mi general!* la heroicidad deja de presentarse como una condición permanente conquistada en el campo de batalla para entenderse como una forma de legitimidad que depende de la fidelidad a los ideales de justicia, solidaridad y compromiso colectivo. Cuando estos desaparecen, también se desmorona el fundamento moral del héroe.

Notas: La investigación presentada en este trabajo fue financiada por el Ministerio de Ciencia, Desarrollo Tecnológico e Innovaciones de la República de Serbia (financiación conforme al Contrato sobre la transferencia de fondos para la financiación de trabajos de investigación científica del personal docente de instituciones acreditadas de educación superior en 2026: 451-03-34/2026-03/200198).

Bibliografía

- Arranz Mínguez, C. J. (2014). *El universo literario de Mauricio Magdaleno (1906-1986)* (tesis doctoral inédita). Universidad Nacional de Educación a Distancia, España.
- Aub, M. (1971). De algunos aspectos de la novela de la Revolución mexicana. *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias humanas*, 1, 4–11.
- Bauzá, H. F. (2007). *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Bruce-Novoa, J. (1991). La novela de la Revolución Mexicana: la topología del final. *Hispania*, 74(1), 36–44.
- Campbell, J. (1972). *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito*. México: Fondo de cultura económica.
- Castro Leal, A. (1981). *La novela de la Revolución Mexicana*. México: Aguilar.
- Chang-Rodríguez, E. (1959). La Novela de la Revolución Mexicana y su Clasificación. *Hispania*, 42(4), 527–535.
- Dessau, A. (1972). *La novela de la Revolución mexicana*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Diccionario panhispánico del español jurídico* (2025).
<https://dpej.rae.es/lema/general>
- Fernández Agüera, E. (1960). *La proyección social en las novelas de Gregorio López y Fuentes* (tesis doctoral inédita). Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- Fuentes, C. (1969). *La nueva novela hispanoamericana*. México: Editorial de Joaquín Mortiz.
- Gaspar, M. M. (2019). El héroe revolucionario desmitificado en *Los relámpagos de agosto*, *Revista Iberoamericana de las Ciencias Sociales y Humanísticas*, 8(15).
<https://ru.dgb.unam.mx/items/3d153c89-7096-43dc-aab7-300b112a7265>
- Martínez Hoyos, F. (2015). *Breve historia de la Revolución mexicana*. Madrid: Ediciones Nowtilus, S.L.
- López y Fuentes, G. (1986). *¡Mi general!*. Habana: Editorial arte y cultura.
- Matamoro, B. (1984). Los héroes. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 407, 117–127.
- Menton, S. (1949). *Las novelas de Gregorio López y Fuentes* (tesis doctoral inédita). Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- Menton, S. (1967). La Estructura épica de “Los de Abajo” y un Prólogo Especulativo. *Hispania*, 4, 1001–1011.
- Mikić, R. (1988). *Postupak karnevalizacije. Uvod u poetiku Ranka Marinkovića*. Beograd: Filip Višnjić.
- Navascués, J. de (2011). Masa y caudillos en la novela de la Revolución Mexicana. *Revista de Filología*, 29, 179–193.
- Oca Navas, E. M. de (2010). Las novelas de la Revolución Mexicana de 1910 escritas por sus testigos. *La Colmena*, 67/68, 35–45.
- Opavská, K. (2025). *La imagen del héroe revolucionario en Los de abajo, de Mariano Azeula y México insurgente, de John Reed* (tesis de maestría inédita). Masarykova univerzita, Brno.

- Oviedo, J. M. (2001). *Historia de la literatura hispanoamericana 3. Postmodernismo, Vanguardia, Regionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Paúl Arranz, M. d. M. (1989). La ideología revolucionaria de Gregorio López y Fuentes. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 18, 55–77.
- Pavićević, O., Simeunović-Patić, B. (2011). *O negativnom društvenom junaku*. Beograd: Institut za kriminološka i sociološka istraživanja.
- Pavlović Samurović, Lj. (1993). *Leksikon hispanoameričke književnosti*. Beograd: Savremena administracija.
- Rall, D. (2010). La Revolución mexicana en *Tierra* (1932) y *¡Mi General!* (1934), de Gregorio López y Fuentes, y en *La rebelión de los colgados* (1936) y *El General. Tierra y Libertad* (1940), de B. Traven. En O. C. Díaz Pérez, F. Gräfe, F. Schmidt-Welle (Eds.), *La revolución mexicana en la literatura y el cine* (pp. 71–89). Madrid: Biblioteca Ibero-Americana.
- Reséndiz García, R. (2005). Del nacimiento y muerte del mito político llamado Revolución Mexicana: tensiones y transformaciones del régimen político, 1914–1994. *Estudios Sociológicos*, 23(67), 139–183.
- Ristivojević, M. (2009). Bahtin o karnevalu. *Etnoantropološki problemi*, 4(3), 197–210.
- Sekulić, M. (2016). Meksička revolucija i roman. U M. Asuela, *Obespravljeni* (pp. 159–169). Beograd: Partenon.
- Stevanović, S. (2022). *Demitologizacija slike Emilijana Sapate u romanima sa temom Meksičke revolucije* (tesis doctoral inédita). Filološko-umetnički fakultet, Kragujevac.

Svetlana V. Stevanović

Summary

THE RISE AND FALL OF THE REVOLUTIONARY HERO IN GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES'S NOVEL *MY GENERAL!*

This article explores the representation of the rise and fall of the revolutionary hero in Gregorio López y Fuentes's novel *My General!* (1934), one of the representative works of the novels set in the Mexican Revolution. Its primary aim is to examine how the novel constructs, transforms, and ultimately dismantles the heroic image of its protagonist in order to reassess the legitimacy of revolutionary leadership in post-revolutionary Mexico. More specifically, the study investigates the narrative and symbolic mechanisms through which López y Fuentes redefines the traditional model of the revolutionary hero. The article argues that *My General!* belongs to a broader literary tradition that questions the idealized image of revolutionary leaders characteristic of earlier political discourse. It discusses the protagonist's gradual transformation from an anonymous peasant into a respected revolutionary general and, later, into a politically

compromised figure whose moral authority steadily deteriorates. Particular attention is paid to the novel's representation of heroism as an unstable and historically contingent category rather than as a permanent moral condition. The study also examines the ambivalent relationship between heroism and antiheroism, demonstrating that the protagonist simultaneously embodies both models throughout different stages of his life. Furthermore, it analyses the symbolic significance of the title *My General!*, arguing that the persistence of the military title contrasts with the progressive loss of the ethical values that originally legitimized it. The analysis adopts an interdisciplinary literary approach combining hero and antihero theory, archetypal psychology, and scholarship on the novels set in the Mexican Revolution. Close textual analysis is employed to examine the novel's tripartite structure, first-person narration, characterization, and symbolic language in order to explain the protagonist's progressive transformation and its broader ideological implications. The findings indicate that López y Fuentes initially presents the protagonist according to the conventions of the revolutionary hero, emphasizing leadership, courage, social commitment, and moral legitimacy. However, the hero's gradual integration into post-revolutionary political structures results in the erosion of these qualities and initiates a process of demythologization that ultimately transforms him into an antiheroic figure. Rather than portraying the downfall of a single individual, the novel exposes the crisis of revolutionary authority and questions the moral foundations upon which political legitimacy was constructed after the Revolution. This study contributes to ongoing scholarship on the novels set in the Mexican Revolution by demonstrating that *My General!* should be understood not only as a narrative of personal decline but also as a critical reinterpretation of the revolutionary heroic paradigm.

Key words:

Gregorio López y Fuentes, *My General!*, novels set in the Mexican Revolution, revolutionary hero, ambivalence, demythologization

Светлана В. Стевановић**Сажетак****УСПОН И ПАД РЕВОЛУЦИОНАРНОГ ЈУНАКА У РОМАНУ МОЈ ГЕНЕРАЛЕ! ГРЕГОРИЈА ЛОПЕСА И ФУЕНТЕСА**

У раду анализирамо успон и пад револуционарног јунака у роману *Мој генерале!* (1934) мексичког аутора Грегорија Лопеса и Фуентеса, једног од истакнутих писаца романа о Мексичкој револуцији. Основни циљ рада јесте да преиспита начин на који се у роману обликује, преображава и разобличава, односно демитологизује слика главног јунака, револуционарног генерала, како би се указало на чињеницу да у (пост)револуционарном Мексику револуционарне вође постепено губе

свој легитимитет. Посебна пажња посвећена је наративним и симболичким поступцима којима се писац служи како би редефинисао традиционални модел револуционарног јунака као истакнутог појединца који служи интересима колектива и одлучно брани идеале слободе и правде. Стога се анализира постепена трансформација протагонисте који од анонимног сељака и трговца стоком наједном постаје угледни генерал једне револуционарне фракције, да би се потом преобразио у опортунистичког политичара чији морални ауторитет постепено слаби. Самим тим, указује се да је традиционална концепција јунака као једнодимензионалне и свемогуће особе искључиво обдарене врлинама, утопијског карактера, те да у романима о Мексичкој револуцији долази до њеног критичког преиспитивања и демитологизације. Концепт јунаштва посматра се као променљива категорија која зависи од друштвено-политичких околности у којима се појединац налази, па се не може разматрати као трајно морално својство. Анализа се заснива на интердисциплинарном проучавању које обједињује репрезентативне студије о романима о Мексичкој револуцији, јунацима, антијунацима и архетиповима. Резултати истраживања показују да Лопес и Фуентес обликује протагонисту свог романа најпре у складу са карактеристикама револуционарног јунака, наглашавајући његову праведност, храброст, поштење, друштвену ангажованост и морални ауторитет. Међутим, његово потоње укључивање у постреволуционарне структуре власти доводи до урушавања ових вредности и покреће процес демитологизације, те се тако постепено преображава у антијунака, што се може испратити и кроз троделну структуру романа. У том смислу, показујемо да је у роману *Мој генерале!*, у складу са одликама романа о Мексичкој револуцији, заступљена амбивалентна слика револуционарног лидера који у свом бићу сажима како врлине, тако и мане. Самим тим, закључује се да у роману није приказана само криза и урушавање интегритета одређеног револуционарног вође, већ и криза револуционарног ауторитета, чиме се доводе у питање морални темељи на којима је изграђена политичка легитимност након Мексичке револуције.

Кључне речи:

Грегорио Лопес и Фуентес, *Мој генерале!*, роман о Мексичкој револуцији, револуционарни јунак, амбивалентност, демитологизација